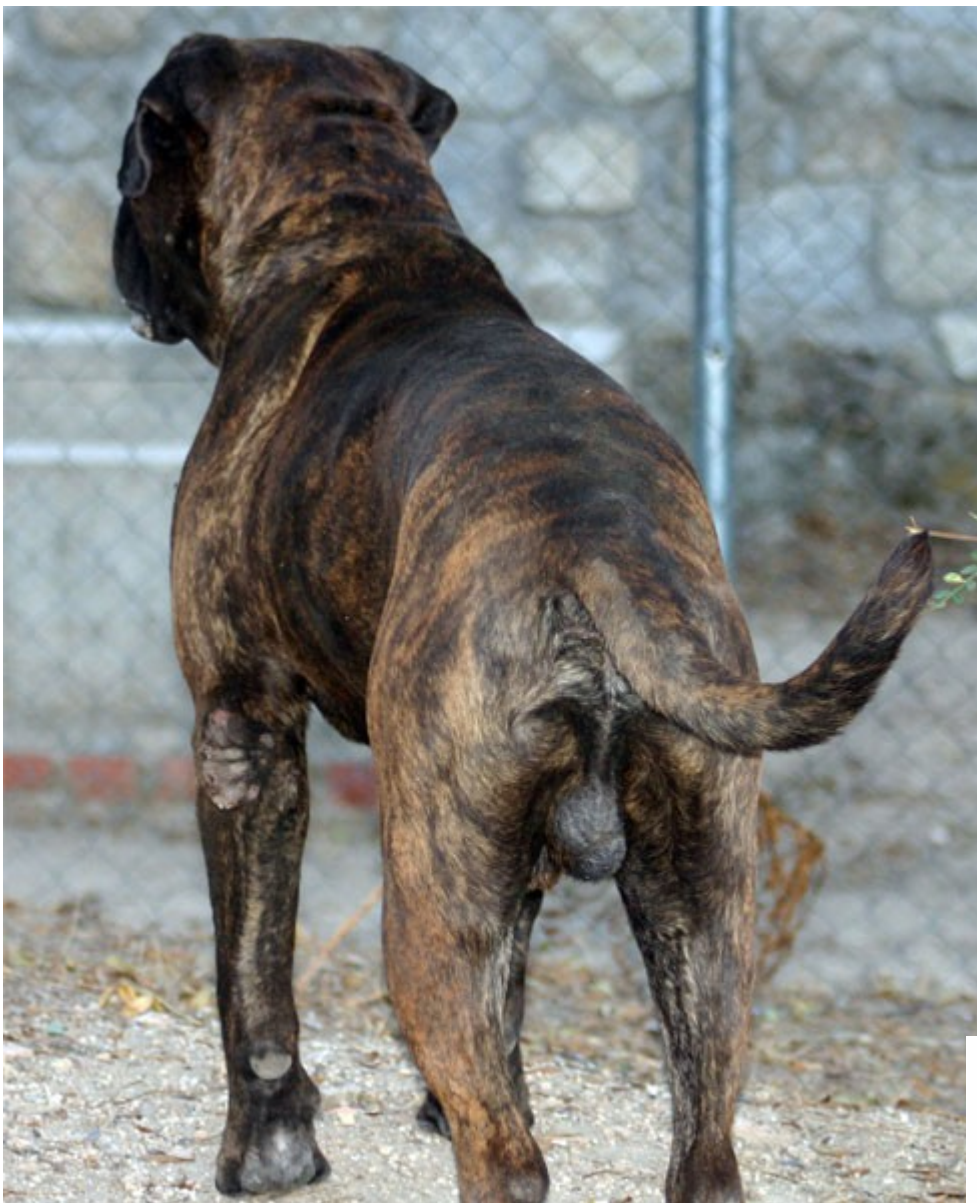




NUMERO 11





¿POR QUÉ MUERDEN LOS PERROS?

Morder no es otra cosa que clavar los dientes en una cosa o asir una cosa a otra, haciendo presa en ella.

BullMastiff's Today

Se acercan unas nuevas elecciones generales, nuevamente, aunque somos 5 millones de hogares con mascotas ¡NINGUNO!! De los partidos políticos se ha molestado en fijarse en nosotros de un forma razonable, en el próximo numero hablaremos de sus propuestas (o despropósitos) una difícil tarea ya que es una información muy escondida.

En el caso de los perros y de todos los demás cánidos, morder es un componente clave del comportamiento depredador de esta Familia de mamíferos, como lo es también de muchas otras. Pero a diferencia de lo que ocurre con otros muchos animales, los cánidos sociales (perros y lobos principalmente) exhiben esta capacidad de agresión intra-específica a niveles notablemente inferiores si los comparamos con otras especies. Ello se debe precisamente a los lazos que se establecen entre congéneres de una misma manada y al imprinting o imprimación de los cachorros a edad muy temprana y también a que su sociedad está muy jerarquizada por lo que, desde muy jóvenes, aprenden cual es el lugar que les corresponde en la pirámide social a la que pertenecen.

Así, solo en contadas ocasiones se producen agresiones en las que la capacidad de morder con intención de inferir daño a otro congénere se pone verdaderamente de manifiesto, porque la mayoría de las veces las situaciones se resuelven apenas con conatos de pelea (es la típica situación como si dijéramos de mucho ruido y pocas nueces) empleándose a fondo en el ejercicio de la mímica facial y corporal que pone a cada animal en su sitio.

Aun a pesar de la restricción en el empleo de la boca que se imponen a sí mismos los cánidos sociales, hay veces en las que morder es necesario en según qué contextos y situaciones, como por ejemplo para manifestar una actitud de dominio o de control sobre terceros (se trate o no de congéneres); para la defensa del territorio propio; en la protección de la prole o de los miembros más débiles de la manada; cuando se compite por el alimento; cuando surge el miedo o cuando se siente dolor (en defesa propia).

Pero otras veces es la consecuencia de la selección programada de esta característica, impuesta por el hombre, para su propio beneficio o disfrute. Y es que a lo largo de los siglos hemos sido nosotros quienes hemos procurado modificar substancialmente el comportamiento de los perros en nuestro favor, bien para convertirlos en animales cada vez mas capaces de ejercer funciones de guarda y custodia que agredan de manera controlada, cumpliendo una orden o para transformarlos en perros que sean susceptibles de atacar y matar a sus propios congéneres sin otra razón ni propósito que el entretenimiento de sus dueños.

En este segundo caso el hombre ha procurado mejorar la capacidad de ataque del perro contra sí mismo (lo que va en detrimento de su actitud social) mediante una selección perfectamente programada que ha tratado de incrementar la insensibilidad al dolor y la potencia mandibular hasta extremos inusitados.

Estudios recientes sugieren y parecen demostrar que los perros de "pelea" que han proliferado de manera especial durante las ultimas décadas --a imagen y semejanza de aquellos otros que estuvieron de moda durante los reinados de Enrique VIII y su hija Isabel I de Inglaterra y que constituyeron uno de los principales entretenimientos de la nobleza en ese país y en aquellos otros que se veían especialmente influenciados por todo lo que procedía de las Islas británicas-- tienen unos niveles de tolerancia del dolor significativamente superiores a los de sus congéneres, debido a una serie de peculiaridades de los neurotransmisores o receptores opiáceos del cerebro, peculiaridades estas que han sido inducidas por la intervención del hombre y la selección que se ha venido haciendo de manera sistemática para mejorar sus aptitudes físicas y psíquicas para la pelea.

En 1987 el Journal of the American Veterinary Medical Association publicó el trabajo de S. A. Brown, S. Crowell, T. Malcolm y P. Edwards titulado "Naloxone-responsive compulsive tail chasing in a dog", referido a un "Pitt Bull" que presentaba una sensibilidad inusitada frente a la





morfina y el naloxone, que lo hacían especialmente inmune al dolor, hasta el punto de que se ha llegado a creer que existen una serie de diferencias fisiológicas entre los canes incluidos en esta tipología racial y los demás perros domésticos (incluidos los de razas grandes o gigantes que tradicionalmente desempeñan tareas de guarda, defensa y pastoreo).

Cabe resaltar que en circunstancias normales y naturales, los cánidos sociales manifiestan una serie de actitudes que están perfectamente encuadradas en un lenguaje corporal y facial especialmente tipificado para indicar su estado de ánimo e intenciones, que los congéneres de sus mismas especies son perfectamente capaces de identificar correctamente y que exhiben entre ellos de manera habitual, lo que evita la mayoría de las veces que las situaciones se desmanden. Es por ello por lo que, habitualmente, cuando dos perros (o dos lobos) se enfrentan y se agreden entre sí, la lucha entre ellos se da por finalizada con bastante rapidez, toda vez que uno de los dos exhibe unas señales apropiadas que quieren decir "hasta aquí he llegado" y que se traducen en emitir unas vocalizaciones muy concretas (gañidos y gemidos, similares a las que producen los cachorros) y en manifestar un comportamiento de sumisión muy específico (colocarse boca arriba ofreciendo al contrincante sus partes blandas y débiles, cuello, panza y genitales).

Sin embargo parece claro que los perros de pelea --y solo estos-- que han sido especialmente seleccionados para pelear entre sí, han visto totalmente suprimida esta capacidad. Ello explica que la mayoría de las veces cuando se producen ataques a personas o a otras mascotas caninas, por parte de este tipo de animales, las víctimas expliquen posteriormente que antes de que el ataque se produjera, el agresor no "avisó". Explica asimismo por qué, cuando el perro pelea con otro perro (bajo la dirección de su dueño) estas peleas se prolongan incluso durante horas, porque ninguno de los contrincantes exhibirá en ningún momento el comportamiento arriba descrito que, en circunstancias normales, haría terminar rápidamente la contienda. Y, finalmente, explica también por qué la mayoría de las veces los animales llegan incluso a la extenuación y por qué la pelea solo se acaba cuando uno de ellos muere o, si antes de que esto ocurra los propietarios deciden darla por terminada, es necesario emplear un palo a modo de traba, para separar a los dos perros. Hay que dejar constancia que solo ocurre esto, cuando son seleccionados con un tipo de carácter concreto, que en ausencia de él, no dejan de ser una delicia como el resto de sus congéneres.

CASTRO-CASTALIA BULLMASTIFFS





Perros y Niños

Aún cuando pueda parecer una perogrullada, lo cierto es que la convivencia entre niños y perros, perros y niños, unas veces será posible y resultará ideal y otras, imposible y nefasta. Todo va a depender de cómo sea el niño y de cómo sea el perro. Así de simple, así de complicado...



Cuando hablamos de niños y perros juntos, se nos viene inmediatamente a la mente la imagen idílica, romántica, de los dos abrazados mientras duermen, tirados en el suelo divirtiéndose al unísono con el Scalextrix, jugueteando quizás con una pelota en el jardín, el uno haciendo los deberes y el otro tumbado a sus pies roncando relajadamente ó mirándole con ternura, o compartiendo ambos cómodos cojines en un sofá mientras ven la tele. Y efectivamente, ello puede ser así siempre y cuando los adultos encargados de la educación del niño y del perro, hayan sabido hacer bien sus deberes, usen todo el sentido común y antepongan a todo lo

demás, la seguridad como primera norma básica de convivencia.

Se nos viene, también, a la mente, el recuerdo infantil de los héroes caninos por excelencia, Rin Tín Tín y Lassie, aparentemente capaces de “pensar” y de “actuar” con la misma diligencia y sabiduría que cualquier ser humano que se precie... tenemos muchos “flashes” metidos en la cabeza, sobre cómo uno u otro resolvían situaciones aparentemente imposibles, ayudaban a personas mayores y a niños de corta edad, se anticipaban a los problemas y, aún cuando, en verdad, esos héroes de la pantalla no eran más que el reflejo de un excelente adiestramiento y de un buen montaje, una buena realización, una buena dirección y un buen guión televisivos, lo cierto es que la mayoría de los perros, cuando son perfectamente educados y están excelentemente socializados son capaces de actuar casi con la misma precisión que aquél Pastor Alemán y aquella Collie que nuestra memoria colectiva atesora todavía hoy, tanto tiempo después de que desaparecieran de la parrilla televisiva.

Pero... ¿qué pasa cuando, sin aparente justificación, se rompe la magia y el niño acaba siendo mordido por el perro de sus amores? Ocurre entonces que la confianza se deteriora, en el mejor de los casos y, en el peor, que el perro acaba regalado o sacrificado, tachado de imposible o ¡tantas veces! de “peligroso” y que el niño sufre un trauma que arrastrará toda la vida y que le impedirá volver a mantener una relación óptima con cualquier otro representante de la especie canina.

Lo que poca gente se pregunta, ante un hecho como este, es ¿por qué pasó? ¿Por qué el perro mordió al niño? ¿Por qué, sin razón obvia, se abalanzó sobre él y le hirió las manos, los brazos, el cuello, la barriga o la cara? ¿Por qué?

Pues bien, la respuesta, en un altísimo porcentaje de los casos, de hecho en la gran mayoría de ellos, es siempre la misma... porque el niño, sin darse cuenta, transgredió ciertas “normas caninas”. Y, sin quererlo, hizo detonar en el animal un mecanismo puramente



CASTRO-CASTALIA RULLMASTIFFS



atávico de defensa, un comportamiento plenamente instintivo de posesión y de presa, y que tiene su explicación más lógica y más natural en el hecho de que el perro es un animal irracional (por mucho que nos empeñemos en antropomorfizarlo), que se mueve en base a su instinto innato de supervivencia y poco más.

No olvidemos que, a la postre, cualquier perro, cualquiera, es susceptible, llegado el caso, de morder a una persona, sin ir mas lejos, el otro día, Strike, mi bebote (cielo donde los haya, educadísimo, equilibradísimo y cualquier “ísimo” que queramos añadir), me marco en una rodilla, no me di cuenta y al levantarme del sofá, le pise sin querer el cuello, el estaba plácidamente durmiendo y probablemente soñando con alguna pelea y al notar el pie reacciono como le marca el instinto. En determinadas circunstancias, incluso el más equilibrado, el más educado, el más socializado, el más “perfecto” puede, inconscientemente, utilizar la boca. Y, por si esto fuera poco, hemos de tener también siempre presente que el perro, cualquier perro, puede en un momento dado tener una reacción imprevisible (imprevisible, digo, bajo nuestros estándares, aunque quizás no lo sea tanto si se conoce algo de la etología canina), independientemente de cuán obediente, tranquilo, amistoso, cariñoso y fiel, haya sido hasta ese preciso instante.

Al fin y al cabo casi ningún ataque de un perro hacia una persona, sea niño o adulto, por injustificable que parezca, ocurre sin que previamente haya una provocación... provocación que quizás sólo exista en la mente del propio agresor, del perro, pero provocación, pura y dura. Y es que un perro, mal que nos pese, no deja de ser un lobo disfrazado. Cuando metemos un perro en casa, metemos un lobo en el salón. Lobo domesticado, cierto, pero lobo, de todas, todas. Su perspectiva de las cosas es distinta. La mayoría de sus actos se basan, lo sabemos, en su instinto. Y es ese instinto el que marcará sus reacciones, buenas y malas. Pero especialmente las malas. Malas, bajo nuestro punto de vista, pero quizás no bajo el suyo propio. Ojo al parche.

Las estadísticas nos arrojan unos datos muy concisos al respecto; las agresiones de perros a niños suelen ocurrir en el ámbito doméstico, es decir, dentro de la propia familia, con el perro de casa. Y suelen ser protagonizadas por animales de tamaño pequeño o mediano, fundamentalmente machos, y por niños de menos de cinco años, mayoritariamente de sexo masculino.

Cierto es que el temperamento, el carácter de un perro es un rasgo que se hereda, pero que es fácilmente modificable, para bien o para mal, a raíz de las experiencias vividas y de la educación y entrenamiento recibidos. Y, sobretodo y de manera muy especial (¡no me cansaré de repetirlo!), a raíz del imprinting y de la socialización que el jovencísimo cachorro reciba durante las primeras diez-doce semanas, incluso cinco y seis meses, de vida. Así de simple. Así de claro. Hay, indudablemente cierta predisposición familiar (genética) a exhibir un carácter más o menos agresivo, y mientras que unas líneas de sangre son más amistosas, más tolerantes y más adaptables al medio, más fácilmente adiestrables y más susceptibles de ser correctamente educadas, otras no lo son tanto.

El criador responsable se cuidará muy mucho –por la cuenta que le tiene y porque está en juego su prestigio y el de sus perros- de incluir deliberadamente en su programa de cría ejemplares tarados, emocionalmente desequilibrados, afectados de timidez patológica o excesivamente agresivos, pero –desgraciadamente para todos--, son precisamente los otros, los pseudo-criadores, más interesados siempre en el lucro fácil, los que abundan y los que hacen oídos vanos a cualquier recomendación en este sentido. Y estos últimos, no parecen excesivamente preocupados por evitar en la medida de lo posible, el criar con perros poco aptos. Lo que les preocupa es llegar a fin de mes y procurarse un modus vivendi a costa de lo que sea, con tal de que su bolsillo no se vea afectado.

Eso, por un lado. Pero por otro lado tenemos que muchas veces, ¡ay, cuántas!, el problema no radica en la herencia, ni siquiera en el comportamiento del can, sino en la forma en que es (o más bien no es) educado y peor aún, en el modo en que el niño de la casa se relaciona con el animal.

Hay una serie de normas básicas que deben ser seguidas a pies juntillas por las personas responsables, para evitar, en la medida de lo posible, desmanes que podrían tener consecuencias desagradables para todos.

Hacer suya la máxima de oro de que **NUNCA SE DEBE DEJAR SOLO A UN NIÑO CON UN PERRO**, por más cariñosos, equilibrados y educados que sean ambos.

Tener siempre bien presente que el perro de la familia podrá tolerar ciertos comportamientos en los niños “propios” que quizás no acepte de otros niños ni de otros adultos que vengan de visita y estar preparado para separar al animal de los visitantes al mínimo atisbo de que algo puede desencadenar una reacción negativa en éste;

Es un hecho que los niños, con sus voces agudas y su actividad frenética pueden irritar a los perros sobremanera y que incluso el animal más tranquilo y equilibrado, en un momento dado, llega a perder los nervios. Es asimismo un hecho perfectamente constatado que ciertas actitudes del niño, como por ejemplo, rodear el cuello del perro con sus brazos o acercarse excesivamente su cara al hocico del animal y echarle el aliento sobre la trufa, en actitud cariñosa pero a la vez exigente y demandante, pueden





irritar a éste por entenderlo no como lo que es, como un gesto amigable, sino como una forma de agresión, como una amenaza.

Y también es un hecho que cuando un niño mira fijamente a un perro, sosteniendo sus ojos en los de él durante lo que quizás no sea más que una fracción de segundo, pero al animal le parezca una eternidad, éste puede sentirse agraviado y responder en consecuencia, enfadado y descontrolado. Como lo es que un niño se “atreva” a traspasar ciertas fronteras invisibles que delimitan la intimidad del animal; por ejemplo, cuando está durmiendo, relajado y tranquilo, y se le acerca el pequeño, el perro lo puede entender como una invasión de su espacio más privado y reaccionar en consecuencia. Y lo mismo, cuando come de su plato, o cuando bebe agua de su bol. O cuando está jugueteando con su pelota o su muñequito de goma o su hueso de plástico y el niño, invasor descarado, se le acerca y se los arrebata.

Y todo ello porque el perro es mucho más primitivo que el ser humano; no ha depurado las emociones como lo hemos hecho nosotros y por lo tanto se rige única y exclusivamente por esa forma de comunicación visual y gestual que tiene aprendida y que trae en sus genes desde siempre. Así, cuando un perro mira a otro directamente a los ojos, le está provocando. Cuando un perro agarra a otro por el cuello, le está dominando. Cuando un perro ladra a otro en la cara, le está increpando... Pues eso mismo y sólo eso es lo que el perro entiende cuando un niño se le pone delante y exhibe actitudes parecidas a las de otro congénere invasivo, provocador e irritante.

¿Qué cabe hacer entonces? Pues sencillamente educar al niño de modo y manera que no haga ninguna de esas cosas. Enseñarle para que entienda que lo que para él son acciones naturales, para el perro pueden ser agravios. Y si nada de todo esto es posible, especialmente cuando se trate de niños de corta edad que todavía no son capaces de comprender nuestros argumentos, entonces, lo único que cabe es evitar que las situaciones de riesgo se den. Y no permitir que los niños estén a solas con los perros en ningún momento. Así de fácil y así de complicado a la vez.

A la vista de todo lo anterior, el lector puede pensar que quien esto escribe está exagerando. Baste entonces dar unas cifras que son, por sí mismas, más elocuentes que cualquiera de los muchos argumentos que yo pueda dar en estas páginas... por ejemplo, en un estudio realizado por la Humane Society of the United States (HSUS) sobre las 109 agresiones con resultado de muerte ocurridas del 1 de enero de 1989 y el 31 de diciembre de 1994 en los Estados Unidos (ver recuadro), se concluyó que el grupo de personas más afectado comprende a niños entre menos de un mes de edad y hasta los nueve años, seguido de otro grupo comprendido por personas de setenta o más años de edad. En el primer grupo, el de los niños de 0 a 9 años, que suman 44 decesos, se pudieron documentar y constatar perfectamente las circunstancias que ocasionaron el incidente en 28 de los casos, concluyéndose que casi la mitad de éstos (44,7%) ocurrieron en el ámbito del propio hogar, otro 28,9% tuvo lugar cuando los niños se encontraban muy cerca de perros propios o extraños que estaban atados y el 26,3% restante sucedió en entornos abiertos. Pero, y esto es si cabe todavía más llamativo, en un elevadísimo porcentaje de los casos (más del 80%) los hechos ocurrieron siempre cuando los niños estaban alejados de los padres o tutores y fuera de su control y vigilancia.

Hay todavía otros datos interesantes a considerar, de entre los muchos que arroja este estudio; en las edades comprendidas



entre el año de edad y los veintinueve años, el número de varones agredidos con resultado de muerte es significativamente más elevado que el de mujeres. La razón hay que buscarla en dos hechos importantes; de una parte, que los niños y jóvenes de sexo masculino suelen ser menos precavidos que las mujeres y, también, teniendo que cuenta que casi siempre son perros machos no castrados los que protagonizan los ataques, que los animales reaccionan más virulentamente contra personas de su mismo sexo con las que, de alguna manera, han de rivalizar al entenderlas como antagonistas. Curiosamente, en el caso de ancianos, las cifras se invierten y son muchas más las mujeres atacadas que los hombres, quizás porque se confían en exceso ante animales que no conocen, sin tener en cuenta las consecuencias que tal exceso de confianza puede llegar a tener para ellas.





PRECAUCIONES BÁSICAS QUE EVITEN PROBLEMAS MAYORES.

- **NO dejar JAMÁS** a un niño de menos de 12-14 años a solas con un perro: por muy fiable, cariñoso y atento que resulte un perro, nunca se deberá dejar a un niño a solas con él; ciertas actitudes del niño pueden ser, en según qué circunstancias, malinterpretadas por el perro y desencadenar en éste un comportamiento de defensa territorial, manifiestamente agresivo e indeseable.
- Enseñar al niño que, ante la cara de un perro, **NO deberá JAMÁS** acercársele gritando, haciendo aspavientos ni corriendo, ni tampoco alejarse de la misma manera. Tales reacciones infantiles pueden desencadenar en el perro la necesidad de persecución que luego lleve, indefectiblemente, a acabar por hacer presa del pequeño.
- Enseñar al niño que **NO deberá JAMÁS** acercarse a un perro desconocido para acariciarle o abrazarle. Esto mismo debe aplicarse a los perros conocidos, de vecinos o de amigos. No olvidemos que ciertas actuaciones del niño (gritos, gestos exagerados, correrías) pueden desencadenar en el perro el más atávico de sus instintos, el instinto de presa, cuyas consecuencias pueden ser llegar a ser nefastas.
- Enseñar al niño que **NO deberá JAMÁS** mantener su vista fija en los ojos del animal; al tener los niños una estatura inferior a la de los adultos, es fácil que se produzca el contacto visual entre ellos y los perros. Y dado que el contacto visual, en el "idioma canino" es una forma de agresión, se puede desencadenar en el animal una reacción de defensa que lleve a éste a atacar al que le provoca.
- Enseñar al niño a **respetar los "espacios"** del perro: el niño debe aprender que no puede invadir aquél lugar que haya sido destinado al descanso del perro, ni tampoco debe acercarse a su comedero ni bebedero.
- Enseñar al niño a **NO rivalizar JAMÁS** con el perro durante el juego: es esencial que el niño nunca juegue con el perro a tirar de un objeto (juguete, pelota, trozo de tela, osito de peluche, zapatilla, etc., etc.) pues en algún momento, tal actuación puede desencadenar en el animal el instinto de presa, acabando por atacar al niño al que vea como un rival a la hora de disputarse ésta.
- **NO atar al perro JAMÁS** en el exterior a una cadena: un perro atado es un perro irritable y desesperado y cuando un niño se acerque a un animal estresado, es probable que este reaccione negativamente.





Bullmastiff Readers



Foc (4 años)



Arat (3 años)



Duff (3 Años, acompañando a Nabucco)

CASTRO-CASTALIA BULLMASTIFFS

